

EL LATIN DE LAS INSCRIPCIONES CANTABRAS

The analysis of the Latin language of the Cantabrian inscriptions is a further contribution to know the state of Romanization in which this region was to be found in the 2nd to the 4th centuries. On the other hand it is also a proof to distinguish, within the natural cantabrian region, which are the areas of greater Roman influence opposite to the more isolated ones: there are areas like Cildá, Peña Amaya and their surroundings, which show linguistic characteristics similar to those of the rest of the peninsula, opposite to the *uadinienses* inscriptions which share more in the native-pre-roman linguistic phenomena, that survive in the personal onomastic and in certain phonetic characteristics.

Tratándose de una zona, donde más pertinazmente se conservan los rasgos indígenas y, en consecuencia, donde menos se manifiestan los elementos de romanización, nos ha parecido oportuno hacer un estudio del latín de la misma, tal como se nos aparece en las inscripciones. Un mejor conocimiento de la lengua de las inscripciones cántabras supondrá, sin duda, una aportación más a los conocimientos sobre onomástica, costumbres, etc., ya existentes sobre este pueblo.

I. FONÉTICA.

A. VOCALISMO.

I. *Vocales.*

La vocal *e*, en sílaba inicial abierta, en posición protónica, y siempre en la misma palabra, aparece sustituida por *i*. El fenómeno es corriente en la lengua vulgar latina: la *e* y la *o* tienden a debilitarse en inicial protónica¹. Nuestros ejemplos son los siguientes:

¹ Väänänen, V., *Introducción al latín vulgar*, Trad. española, Madrid 1968, p. 72.

mimoram (Iglesias, p. 158; Cildá).

mimor(am) (Iglesias, p. 154; Cildá). La lectura es dudosa.

mimora (Echegaray, p. 316; Cilda).

Como vemos, se trata de tres hallazgos de Cildá, que es uno de los lugares cántabros donde los elementos latino-vulgares aparecieron con más frecuencia ¹.

En lo que se refiere a la *i* encontramos más elementos del latín hablado.

En posición final aparece la confusión *-es* por *-is*, pero nunca *-et* por *-it*:

uadinienses (nomin.) (Navascués 2, p. 153 ss.; Soto de Cangas).

ciues (nomin. sing.) (Diego Santos 1, p. 104 ss.; Bodes).

lebes (nomin. sing.) (Diego Santos 1, p. 131; Coraín).

Sin embargo, las terminaciones de tercera persona de los verbos son siempre en *-it*; tal sucede cuando encontramos completa la forma del verbo *pono*. Carnoy ² señala que en España, en lo que se refiere a la confusión *-e -i*, no hay distinción entre las finales en *-t* y las en *-s*, ya que se encuentra, dice, en las inscripciones con la misma frecuencia *-es* por *-is* que *-et* por *-it*. No podemos decir lo mismo nosotros de nuestras inscripciones, ya que encontramos algunas veces *-es* por *-is*, pero nunca *-et* por *-it*. Väänänen ³ señala que la confusión de *-i* y *-e* breves finales no se constata fuera de Italia antes del siglo III; si esto es así, y las inscripciones vadinienses se pueden situar cronológicamente, como época más antigua, en el siglo III d. C., cabe pensar que estamos en el momento en que el fenómeno está entrando en la Península y que se extiende antes la confusión *-es* por *-is* que *-et* por *-it*. De hecho, de los ejemplos que Carnoy ofrece como confusión de *-i* y *-e* finales en las inscripciones españolas, son mucho más frecuentes las confusiones de *-es* por *-is* que las de *-et* por *-it*; es más, estas últimas confusiones, según el propio Carnoy indica, pertenecen a textos muy vulgares y bastante tardíos (de ocho ejemplos, cinco son posteriores al siglo V).

Cabría, pues, señalar, de acuerdo con todo lo anterior, que la confusión *-et* por *-it* es más tardía y vulgar que la de *-es* por *-is*.

¹ En las proximidades del monte Cildá hubo un asentamiento de tropas de legionarios, cuya lengua sería la vulgar; cf. Echegaray. *Los cántabros*, p. 84.

² Carnoy, A., *Le latin d'Espagne d'après les inscriptions*, Bruxelles 1906, p. 18.

³ Väänänen, V., *op. cit.*, p. 72.

También en sílaba final abierta hay confusión de *-e* por *-i* en el siguiente caso:

Vadone (dativo) (Aguirre, p. 114; La Remolina).

La confusión entre *-i* y *-u*, sobre todo en contacto con labial, es muy antigua en lengua latina. Sabido es que existían incluso dobles. También en nuestras inscripciones se da el fenómeno:

pien-tissimo (Gómez Moreno, p. 45; Argovejo).

Es más frecuente, sin embargo, en este vocablo la no confusión: *pien-tissimus*. La aparición de *-i-* por *-u-* en el mismo contexto fonético es mucho más frecuente; concretamente, aparece más veces *monimentum* que *monumentum*:

monimentum (Navascués 1, p. 175 ss.; Cármenes).
munimentum (Gómez Moreno, p. 46; provincia de León).
[mo]nimen[tum] (Gómez Moreno, p. 46; provincia de León).
munim[entum] (Gómez Moreno, p. 43; Pedrosa del Rey).
monimentuu(m) (Iglesias), p. 149; Cildá).
monimentu(m) (Iglesias, p. 147; Cildá).
munim[en]tum (Échegaray, p. 316; Cildá).
muniment(um) (Gómez Moreno, p. 42; Liegos).

Posiblemente haya que buscar la razón de la frecuencia del vocablo con *-i-* en el hecho de que la *-o-* de *mo-*, en la primera sílaba tendía a cerrarse en *-u-*. Se trataría, pues, de evitar la concurrencia de sonidos labiales: dos *-u-* y dos *-m-* seguidas. Es decir, influiría en este caso la disimilación.

Y ya que estamos en ello, señalaremos que la *-o-*, en sílaba inicial átona y no trabada, puede confundirse con *-u-*. El fenómeno lo encontramos, sobre todo, en el vocablo que acabamos de traer a colación: *monumentum*.

munim[en]tum (Échegaray, p. 316; Cildá).
muniment(um) (Gómez Moreno, p. 42; Liegos).
munim(entum) (Gómez Moreno, p. 43; Pedrosa del Rey).
mun(umentum) (Diego Santos 2, p. 367; Torrevega).

Es interesante señalar, como ya indicábamos más arriba, que en este vocablo, cuando aparece la confusión -o- y -u-, aparece también el cambio de -u- por -i- en la segunda sílaba.

En posición final sólo encontramos una vez confundida la -o por -u:

numeru (ablat.) (Echegaray, p. 316; Cildá).

En lo que se refiere a la vocal -u-, salvo su sustitución por -i- en la forma *monimentum*, sólo cabe reseñar su tratamiento en posición final. Las finales -os y -om son ya muy numerosas en Pompeya, aunque Väänänen¹ las considera como grafías arcaizantes. En España, parece ser que en el Norte y Centro de la misma² permanecen ajenos a la confusión de -us, -um finales con -os, -om. Sin embargo, a pesar de este principio sentado hace ya mucho tiempo por Carnoy, nosotros encontramos la confusión en algunas inscripciones del Norte, que tienen, no obstante, su explicación:

suos (nomin. sing.) (Diego Santos 1, p. 148; Villaverde de Onís).

Puede tratarse de una grafía -uo- por -uu-, que puede ser considerada como un artificio gráfico. De hecho la -o breve final latina se había convertido en -u desde el siglo III a. C., excepto después de u vocal o semivocal (u), posición en la cual se había mantenido hasta finales de la época republicana.

Maropo(s) (nomin. sing.) (Echegaray, p. 314; Cildá).

El hallazgo se encuentra en Cildá, que, como ya hemos indicado, es uno de los lugares de Cantabria, donde con más frecuencia aparecen elementos latino-vulgares. Es el único caso, en toda Cantabria, en que aparece la confusión de -us y -os finales, en un nominativo del singular de un nombre propio.

Son muy frecuentes en nuestras inscripciones genitivos del plural de gentilicios en -um. Dentro de ellos se produce la confusión de -um por -om, en algunos casos:

Biracidegino(m) (Aguirre, p. 114; La Remolina).

Pendiecinopom (Gómez Moreno, p. 46; Prioro).

Avilacon (Iglesias, p. 199; Peña Amaya).

¹ Väänänen, V., *op. cit.*, p. 72.

² Carnoy, *op. cit.*, p. 51.

En este caso se trata, sin duda, del antiguo genitivo del plural en *-om* del indoeuropeo, que se conserva en eslavo y en céltico; no tiene, pues, nada que ver, creemos, con la confusión latina de la *-u* y la *-o* finales.

2. *Diptongos*

Al comienzo de la tradición escrita, poseía el latín cinco diptongos: *ou*, *oi*, *ei*, *ai* y *au*. Los tres primeros fueron monoptongados hacia la segunda mitad del siglo III o primera mitad del siglo II a. C. De esta forma *ou*, *oi* y *ei* sólo aparecen en inscripciones arcaicas y arcaizantes. El diptongo *ai*, por su parte, pasó pronto a *ae*, el cual a su vez no tardó en ser monoptongado, monoptongación que está perfectamente documentada epigráficamente.

En nuestras inscripciones prácticamente sólo el diptongo *ae* merece consideración, por cuanto es el único que ofrece ciertas particularidades.

Aparece monoptongado en *-e* en posición final con bastante frecuencia:

- Aule filie sue Mansicine* (Iglesias, p. 193; Amaya).
- Noiue filie* (Iglesias, p. 195; Amaya).
- Concordie* (Gómez Moreno, p. 42; Barrillos de Curueño).
- filie sue pientissime* (Diego Santos 1, p. 118; Beleño).
- Annae Caledige Malertere piaeque...piaentissime* (Iglesias, p. 152; Cildá).
- sue* (Echegaray, p. 314; Cildá).
- Lesuspine sue* (Echegaray, p. 316; Cildá).
- sue* (García Guinea, p. 52; Cildá).
- filie sue* (Diego Santos 1, p. 131; Coraín).
- sue...Voccarecae* (Diego Santos 1, p. 141; Corao).
- sue* (Diego Santos 1, p. 135; Corao).
- sue* (Diego Santos 1, p. 153; Gamonedo).
- Teudesnde* (Echegaray, p. 317; Julióbriga).
- sue Acuane* (Diego Santos 2, p. 367; Torrevega).
- Epane* (García y Bellido, p. 204; Norte de la provincia de Palencia).

Aparte de las terminaciones de los genitivos y dativos reseñados aparecen también la monoptongación en otros vocablos:

et(talis) (Diego Santos 1, p. 118; Beleño).
Cel(ii) (Diego Santos 2, p. 367; Torrevega).

Por supuesto no faltan las hipercorrecciones:

piaentissime (Iglesias, p. 152; Cildá).
piaentisi(mae) (Echegaray, p. 313; Cildá).
aera (Diego Santos 1, p. 128; Coraín).
*Turaennia*¹ (Iglesias, p. 142; Lebeña).

Como acabamos de ver, casi todos los ejemplos pertenecen a la zona vadiniense asturiana, pero sobre todo a la zona romanizada de alrededor de Cildá (Amaya y Julióbriga entran en este grupo). Ello está de acuerdo con otros rasgos latino-vulgares que hemos visto ya en esta misma zona, y que posiblemente se deban a la influencia de los legionarios que se asentaron por allí.

En lo que se refiere al diptongo *au*, se conserva en aquellas palabras en que era de esperar su aparición. De forma que no vamos a insistir con ejemplos.

Síncopas

La síncopa, o pérdida de una vocal breve interior entre consonantes, es un accidente que atañe a la economía fónica de las palabras, haciéndoles perder una sílaba. Tradicionalmente se la ha considerado como un efecto de la intensidad relativamente fuerte proporcionado por la articulación de una de las sílabas vecinas y como un resultado extremo de la apofonía. Lo que sí es cierto es que se trata de un fenómeno de aspecto eminentemente popular o familiar; entre las 227 incorrecciones del *Appendix Probi* 25 se refieren a la síncopa.

En nuestras inscripciones la encontramos con frecuencia:

a) Síncopa de *w* entre vocales homófonas:

citatis (Iglesias, p. 156; Cildá),

¹ Cf. Albertos, M.^a L., *La onomástica personal primitiva de Hispania Tarracoenense y Bética*, Salamanca 1966, pp. 237-238, donde analiza el radical de este antropónimo, que unas veces aparece con diptongo (*Turaenia*, *Turaesamu*, *Turainos*), otras sin él (*Turanius*, *Turanus*), e incluso en formas contractas (*Turenus*, *Turenus*). Los casos de diptongos los considera como una infección con relación a las formas sin él, como *Turano*.

donde se ha producido una síncopa (*ciitatis* por *ciuitatis*) y posteriormente una reducción de las dos *-ii-*. En la base del español «ciudad» no está, sin embargo, la forma *ciitatis*, que encontramos en Cildá, sino *ciuitatem*, con síncopa de la *-i-* entre *w* y *t*; pero sí está en la base del italiano «città». ¿Quiere ello decir que la forma *ciitatis* de Cildá se debe a los legionarios italianos asentados en la zona? Ello es posible; de todas formas ahí está el ejemplo.

b) Mucho más frecuente es la síncopa de *u* tras *w*:

morlus (Diego Santos 1, p. 123; Soto de Cangas).
Araus por *Arauus* (Gómez Moreno, p. 46; provincia de León).
Arauw (Gómez Moreno, p. 42; Velilla de Valdoré).
Araus (Navascués 2, p. 153 ss.; Soto de Cangas).
aunculo (Gómez Moreno, p. 43; Velilla de Valdoré).
aunculis (Léchezaray, p. 293; Armada).
aunculis (Gómez Moreno, p. 43; Armada).
aunculo (Iglesias, p. 158; Cildá).

Se trata de un fenómeno corriente en la lengua latina, quizá para evitar la confusión gráfica de dos *u* seguidas (*-uu-*).

c) Síncopa de *i* en sílaba postónica y en posición de hiato:

mimoram por *memorian* (Iglesias, p. 158; Cildá).
mimora (Iglesias, p. 187; Cildá).

Sabido es que delante de una vocal más abierta, *i* y *e*, tienden, por regla general, a cerrarse para resultar de una *y* y otra una */y/*¹. Ahora bien, cuando la consonificación de *i*, *e*, *u* en hiato estaba contrarrestada por la consonancia precedente (grupo de consonantes u ocasionalmente una consonante simple, sobre todo una sonante) estas vocales podían ser suprimidas. Este fenómeno último puede ser el que haya determinado la forma *mimoran*.

d) Encontramos también una doble síncopa en uno de los numerosos gentilicios que aparecen en las inscripciones cántabras:

Orgnom(escum) (Diego Santos 1, p. 104; Bodes).
Orgnomes(cum) (Iglesias, p. 156; Cildá).

¹ Väänänen, V., *op. cit.*, p. 85.

Puede tratarse de un étnico de la misma formación que *Origenus*, antropónimo de típica formación celta¹. Si esto es así, en este caso, la primer vocal, la *i* de *Ori-*, se encuentra eludida de forma absolutamente normal; la *e*, sin embargo, aparece en otros hallazgos:

Orgenomescos (D'Ors, Pérez Peix y Contreras de la Paz, «Orgenomescos en las minas romanas de Sierra Morena», *A EAq.* 32, 1959, pp. 167-168; el hallazgo es de El Centenillo (Jaén).

La reducción de la *i* parece, pues, muy antigua, ya que no aparece en ninguna de las formas atestiguadas. Esto siempre que admitamos una relación con formas en *Origen-*, cosa que no está muy clara². Lo que sí parece claro es que la *e* está sincopada en las dos primeras formas, ya que el otro hallazgo, el de un posible deportado en Jaén, indica claramente que el vocablo tenía la *e*.

En este caso quizá fuese la larga extensión del vocablo la que facilitaría la síncope.

3. Otros cambios vocálicos

A veces nos encontramos con antropónimos o teónimos en los que se produce, al final del radical, una alternancia *-o/ -a-*. Así, por ejemplo, aparecen en las inscripciones de nuestra zona las siguientes formas de un antropónimo:

Pentoui (Iglesias, p. 140; Luriezo).

Pentouio (Echegaray, p. 307; Velilla de Guardo).

Pentouio (Iglesias, p. 197; Amaya).

Pentouius (García Merino, p. 499; Carande o Aleje).

Pero encontramos *-a-* en:

Pentaua en Yecla de Yeltes (Salamanca)³.

Pentauius (dos veces) en Idanha-a-Velha (Portugal).

¹ Albertos, M.ª L., *op. cit.*, p. 173. En otro lugar la misma autora («La antroponomía hispánica y la composición en los nombres personales galos, según K. H. Schmidt», *Emerita* 28, 1960, pp. 300-301), aunque no descarta la posibilidad de una relación entre el antropónimo *Origena* y el étnico *Orgeno-mesci*, piensa que tampoco es imposible que no exista ninguna relación entre ellos.

² Sobre la etimología de esta palabra, se han dado distintas opiniones; cf. Evans, D. E., «*Ir. orn: W. orn: Celt. org-no*», *Homenaje a A. Tovar*, Madrid 1972, p. 135.

³ Cf. Albertos, M.ª L., *op. cit.*, s. u.

Las formas en *-i-* (*Pentilius*, *Pentilia*)¹ se pueden considerar como debilitación en sílaba interior, fenómeno muy normal en la lengua latina, o como formaciones semejantes al lat. *Quintilius*.

El problema está en la aparición de *-a-* en unas formas y de *-o-* en otras, que constatamos también en un teónimo:

Epane (García y Bellido, p. 204; Norte de Palencia).
Pero *Epona* en Sigüenza y Lara de los Infantes².

El caso más claro de oscilación parece ser el de *Pentovius*, en Cantabria, frente a *Pentavius*, en el resto de la Península. Es el que intentaremos explicar. Parece estar claro que la raíz es la del numeral indoeuropeo **penkue* (disimilación de **kuenkue*)³. La forma latina debería ser *Pentavius*, ya que en cierta forma puede ser considerada paralela a otra formación latina como *Octavius*; ahora bien, sabido es que la *-ā-* de *Octavius* era un antiguo timbre en *-ō-*, que ha evolucionado a *-ā-*, ya para conseguir una diferenciación ante una *u* consonante⁴, ya como resultado de una *H²₃* entre vocales⁵. Es decir, la lengua latina da como resultado una *ā* de un antiguo timbre en *o* en este contexto fonético que estamos analizando.

Precisamente la forma *Pentavius* la encontramos en una zona de la Península muy romanizada, cual es la Lusitania, lo mismo que *Pentilius*, mientras que *Pentovius* sólo aparece en Cantabria. Posiblemente haya que pensar que esta última forma no ha sufrido la suficiente influencia latina como para evolucionar de una forma que sería normal en latín.

En lo que se refiere, pues, al vocalismo podemos hacer las siguientes precisiones: hay una zona en Cantabria que participa, de una forma más clara que las demás, de los cambios fonéticos propios del latín hablado. Esa zona es la que comprende los alrededores del monte Cildá: allí encontramos los tres ejemplos de debilitación de *-e-* en *-i-*, en sílaba inicial protónica, allí el único caso de confusión de *-us* final por *-os*, etc. La

¹ Cf. Albertos, M.^a L., *op. cit.*, s. u.

² Cf. Blázquez, J. M., *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*, Madrid 1975, s. u.

³ Albertos, M.^a L., *op. cit.*, s. u.; Palomar Lapesa, M., *La onomástica personal prelatina de la antigua Lusitania*, Salamanca 1957, s. u.; Tovar, A., «Numerales indoeuropeos en Hispania», *Zephyrus* 5, 1955, pp. 17-22.

⁴ Así Meillet, A.-Vendryes, S., *Traité de grammaire comparée des langues classiques*, Paris 1968, p. 110.

⁵ Rodríguez Adrados, F., *Estudios sobre las sonantes y laringales indoeuropeas*, Madrid 1973, p. 240.

razón parece ser clara y ya la hemos apuntado en los comentarios anteriores: en los alrededores del monte Cildá parece ser que estuvo asentada una legión de soldados, precisamente para sujetar a los difíciles cántabros. A la influencia de la lengua de estos soldados quizá se deba el fenómeno que acabamos de señalar.

Otra precisión que cabe hacer es algo relativo a los gentilicios; al hablar del consonantismo tendremos que hacer otras precisiones sobre los mismos. Recordemos ahora solamente que, según hemos podido comprobar, es en los gentilicios donde se conserva todavía el viejo genitivo del plural en *-om*, sin haber conocido, pues, una directa latinización. Quizá la razón haya que buscarla en que se trata de nombres de clanes o de tribus cántabras, vocablos que se hallarían, por la natural tendencia a defender las cosas propias, contrarios a todo tipo de influencia exterior.

B) CONSONANTISMO.

I. *Oclusivas sordas y sonoras.*

En lengua vulgar, las oclusivas sordas, salvo *k* delante de *e* y de *i*, tienden, en posición intervocálica, a hacerse sonoras y en parte a perder la oclusión como consecuencia de un relajamiento de la articulación.

En nuestra zona encontramos la sonorización en:

Munigaligi (Gómez Moreno, p. 42; Valdoré).

Ello siempre que aceptemos que el antropónimo era *Munigaligo*¹.

El sufijo *-gino* (**-genos*)² puede aparecer, entre otras variantes, por hipercorrección en *-cino*. Tal parece ser nuestro ejemplo:

Pendiccinopom (Gómez Moreno, p. 46; Prioro). Algunos leen, sin embargo, con *-g-*.

En general, y en aquellas raíces que tenían una sorda o en vocablos que en otros hallazgos de la Península aparecen con oclusiva sorda, en el latín de Cantabria hay una fuerte tendencia a la sonorización. Al tratar este tema, Carnoy³ no se compromete, diciendo que hay que

¹ Cf. Albertos, M.^a L., *op. cit.*, s. u.

² Cf. Albertos, M.^a L., *op. cit.*, s. u.

³ Carnoy, A., *op. cit.*, p. 118.

eliminar en este tipo de análisis todos los nombres bárbaros en los que es difícil determinar si es una sonora la que ha sustituido a la sorda o si es lo contrario lo que se ha producido. Tampoco nosotros nos comprometemos en el difícil campo de la etimología, pero sí dejaremos bien claro que nombres que en el resto de la Península aparecen con sorda lo hacen en Cantabria con sonora.

Encontramos concretamente las siguientes alternancias: *-l/-d-*:

Tridallus (Gómez Moreno, p. 42; La Puerta).
[Ac]tridiana o *Tridiana* (Iglesias, p. 29; Cildá).

Tovar analiza el primer antropónimo como compuesto de **Trit-allos*¹, «el segundo tercero». Consiguientemente se trataría de una raíz donde había una sorda. En el resto de la Península abundan los ejemplos con la sorda en antropónimos que tienen el mismo primer elemento (*Trita*, *Tritai*, *Trites*, *Triteus*, *Tritius*, etc.)².

Ambadus (Gómez Moreno, p. 42; Barniedo).

Se trata de un antropónimo, cuyo único ejemplo con sonora es precisamente éste. En los demás casos de la Península, incluso las demás ocasiones en que aparece en Cantabria, lo hace con sorda (*Ambalus*). El antropónimo, por lo demás, está enormemente extendido a lo largo de todo el territorio peninsular³.

Doiderus (Iglesias, p. 140; Luriezo).
Doider[a] (Iglesias, p. 29; Cildá).
Doideri (Gómez Moreno, p. 42; Sorribas).
[D]oiderus (Gómez Moreno, p. 45; Argovejo).
Doideri (Gómez Moreno, p. 41; Armada).
Doideri (Gómez Moreno, p. 43; Armada).
Doideara (Gómez Moreno, p. 42; Valmartino).
Doidena (Diego Santos 1, p. 128; Coraín).
Doidenae (Iglesias, p. 152; Cildá).

¹ Tovar, A., «Numerales...», p. 17 ss.

² Cf. Albertos, M.^a L., *op. cit.*, pp. 232-233.

³ Para su difusión cf. Albertos, M.^a L., *op. cit.*, s. u. y Palomar Lapesa, M., *op. cit.*, s. u.

En el resto de la Península predomina el mismo radical del antropónimo, pero con sorda: *Dobiterus*, *Doitena*, *Doiterus*¹, *Douiterus*, *Dobiteina*, *Douiteina*, *Donitena*².

Chulamus (Gómez Moreno, p. 44; Liegos).

Tanto esta forma, como sus variantes, en el resto de la Península aparece con *-l-*: *Cloutiana*, *Cloutius*³, *Clutamus*, *Clutosi*, *Cloutina*, *Cloutai*⁴.

-p/-b-:

Abani (Gómez Moreno, p. 42; Valdoré).

Frente a esta forma de Cantabria con sonora, en el resto de la Península encontramos sorda: *Apanus*, *Apana*⁵.

Abili (Gómez Moreno, p. 45; Crémenes).

Abil(io) (Diego Santos, p. 234; Anciles).

Otros ejemplos con sonora en Vastriz, Infiesto e Ilarduya frente a *Apolinius* en Lara de los Infantes (Burgos)⁶.

-c/-g-:

Aegali(ae) (Echegaray, p. 134; Cildá).

En el sur y oeste de la Península aparece, sin embargo, con *-c-*; *Accantus*, en Itálica; *Aecileni*, en Braga; *Aeccandus*, en Alburquerque; *Aecus*, en Alconétar (Cáceres); *Aecianus* y *Aeciis*, en Lugo.

Auga (Iglesias, p. 191; Amaya).

Frente a *Aucia*, en Cartagena; *Auca*, en Citania de Briteiros y en Lancia (León).

¹ Albertos, M.^a L., *op. cit.*, pp. 106-108.

² Palomar Lapesa, M., *op. cit.*, pp. 69-71.

³ Palomar Lapesa, M., *op. cit.*, pp. 65-66.

⁴ Albertos, M.^a L., *op. cit.*, pp. 90-91.

⁵ Palomar Lapesa, M., *op. cit.*, p. 36.

⁶ Untermann, J., *Elementos de un atlas antropónimo de la Hispania antigua*, Madrid 1905, pp. 41 y 42 con mapa.

Este fenómeno de la sonorización ya ha sido, por supuesto, advertido por otros estudiosos. Ha sido Tovar, sobre todo, quien ha señalado que en las inscripciones romanas de todo el oeste peninsular ocurren muchos casos de sonorización o de pérdida de consonantes en los nombres bárbaros de divinidades o de personas, casos que faltan por completo en las inscripciones del Este y del Sur. Esa porción del Oeste es el solar de pueblos célticos o precélticos, mientras que el Sur y el Este es la España no indoeuropea, lo cual nos muestra que la sonorización tiene su origen en el sustrato céltico, dado que la sonorización y caída de las consonantes intervocálicas es fenómeno bien conocido en las lenguas célticas¹. Lo que nos interesa resaltar aquí es la intensidad con que el fenómeno de la sonorización se da en Cantabria, el cual unido a otros, que ya hemos señalado, como el mantenimiento del genitivo en *-om*, y los que después señalaremos, nos dan idea de lo aferrada que la zona se mantenía a influencias del Sur y del Este, es decir, de las regiones más romanizadas.

Notemos, por lo demás, que, de la misma forma que antes, algunas de las características más representativas de la fonética latino-vulgar las encontrábamos en la zona romanizada de Cildá, aquí, sin embargo, la mayoría de los ejemplos de sonorización pertenecen a la región vadiense, especialmente del noroeste de la provincia de León. Y no olvidemos que los vadienses forman una tribu que se caracteriza, sobre todo, por su indigenismo.

Nos quedan por analizar, en relación a esta sonorización de la gutural sorda, un gran número de nombres de clanes, derivados de antropónimos —al menos ello está claro en muchos casos—, que tendrían un sufijo en *-com*, y que en buen número de ellos aparece sonorizado. Conviene recordarlos, para comprobar que la sonorización ha alcanzado a bastantes de ellos.

Con la sorda encontramos los siguientes:

Aelariq(um) (Échegaray, p. 319; El Escorial).

Ambaliqum (Échegaray, p. 306; Luriego). El antropónimo es claramente el ya citado *Ambatus*.

Cadaricum (Marcos Vallaure, p. 71; Riaño).

Caddecum (Aguirre, p. 114; La Remolina). También aquí el antropónimo es claro: *Caddus*.

Corovescum (Diego Santos I, p. 55; Villaverde de Onís).

¹ Tovar, A., «La sonorización y caída de las intervocálicas y los estratos indoeuropeos», *BRAE* 28, 1948, pp. 279-280.

- Crastunicum* (Abasolo, J. A., en *BSAAV*, XXXIX (1973), p. 443 y siguientes; Cuevas de Amaya). El antropónimo es *Crastuno*.
Nautiocum (Gómez Moreno, p. 43; Riaño).
Orgenomescum (son bastantes los hallazgos). Si su composición responde a la de los demás, habría que considerar como sufijo *-cum* y no *-escum* o *-scum*, como normalmente se hace¹.
Pentiocum (Marcos Vallaure, p. 69; Riaño).
Urrilic(um) (Echegaray, p. 318; Cildá).
Vellicum (Echegaray, p. 310; Cildá).
Vironicum (Gómez Moreno, p. 43; Verdiago).

El mismo sufijo aparece, sin embargo, sonorizado en un considerable número de casos:

- Aliomigum* (Gómez Moreno, p. 84; Vega de Monasterio).
Alongum (Blázquez, p. 282; La Remolina).
Aulgum (Echegaray, p. 307; Velilla de Guardo).
Boddegum (Echegaray, p. 294; Liegos).
Celtigum (Iglesias, p. 149; Cildá).
Doiderigum (Blázquez, p. 282; La Remolina).
Veliagu(m) (Gómez Moreno, p. 42; La Puerta).

2. Otras alternancias.

Aparte de los cambios entre sonora y sorda que hemos encontrado y señalado más arriba, es de señalar también una alternancia que aparece en un antropónimo: se trata de la alternancia *-r/-n-* en los siguientes casos:

- Doiderus* (aparece siempre, en masculino, con *-r-*).
Doidena (aparece, sin embargo, en esta u otras variantes con *-n-*; hay, no obstante, un ejemplo en el que con frecuencia se ha leído *Douideara* (Gómez Moreno, p. 42; Valmartino); pero cabe la lectura DOVIDENA ARAM P...).

Posiblemente se trata, tal como ha apuntado el profesor Moralejo en una Comunicación al V Congreso Español de Estudios Clásicos, celebrado en Madrid en abril de 1976, de una alternancia indoeuropea del mismo

¹ Évaus, D. E., art. cit.; Albertos, M.^a L., «La antroponimia...», p. 300.

tipo que la de *iter, ilinis*¹. En nuestro caso se trataría de una alternancia gramaticalizada para oponer masculino y femenino.

En lo que se refiere a la sonorización de las sordas, las sonoras *d* y *g* intervocálicas tienden a debilitarse en constrictivas y hasta hacerse mudas, mientras que *-b-* pasa a la fricativa bilabial, después labiodental *v*, confundiéndose con las emivocal *w*. De una forma general, sin embargo, estas alteraciones están atestiguadas muy poco y tarde². En nuestras inscripciones concretamente son también muy pocos los casos en que están atestiguados estos fenómenos.

De pérdida de *-d-* intervocálica no encontramos ningún ejemplo. Sí hay uno, sin embargo, de caída de *-g-* entre vocales homófonas; es el siguiente ejemplo:

uinti (Diego Santos 1, p. 126; Soto de Cangas).

También un caso de caída de *-b-* intervocálica:

dius por *dibus* (García Guinea, p. 52; Cildá).

Lo que sí hay son más testimonios de la etapa intermedia en lo que a la *-b-* intervocálica se refiere. Es decir, testimonios de su paso a labiodental *v* confundiéndose con la semivocal *w*. Ello está claro en los casos de betacismo que encontramos:

lebes (Diego Santos 1, p. 131; Coraín).

B[i]biae (Échegaray, p. 313 lee *B[ae]biae*; si ello es así, no se puede considerar como un caso de betacismo, o al menos no se puede afirmar que lo sea, por cuanto no habría otros ejemplos del mismo antropónimo. Pero la visión del espacio hueco sin labrar de la piedra hace presumir la lectura *Bibia* con betacismo en la primera sílaba, ya que el antropónimo *Vibius* es absolutamente normal; Cildá).

El siguiente caso se trataría de hipercorrección, siempre que los consideremos como variantes de *Arabus*, que aparece en Cuenca³:

¹ Cf. Benveniste, E., *Origines de la formation des noms en indo-européen*, Paris 1973, p. 103 ss.

² Väänänen, V., *op. cit.*, p. 103.

³ *CIL*, II, 3183.

Arauo (Echegaray, p. 313; Cildá).

Arauu(s) (Gómez Moreno, p. 45; Crémenes).

Araui (Navascués 2, p. 153 ss.; Soto de Cangas).

3. *Geminación y reducción de consonantes.*

a) *Reducción de geminadas.*

Sabido es que las lenguas romances presentan una simplificación muy generalizada de las consonantes dobles¹. Esta simplificación era regular y antigua tras vocal larga y diptongo². A partir del siglo II no se advierte diferencia al pronunciar las geminadas, de forma que en nuestras inscripciones encontramos simplificaciones sin que la vocal anterior sea larga o diptongo, aunque en otros casos sí se vean estas condiciones:

pientissime (Diego Santos 1, p. 118; Beleño).

piaentisi(me) (Echegaray, p. 313; Cildá).

indulgentissimis (Iglesias, p. 152; Cildá).

anorum (Iglesias, p. 158; Cildá).

ano(rum) (Echegaray, p. 316; Cildá).

ano(rum) (García Guinea, p. 55; Cildá).

anorum (Iglesia, p. 142; Lebeña).

anoru(m) (Diego Santos 1, p. 123; Soto de Cangas).

ano(rum) (Diego Santos 2, p. 367; Torrevega).

anorum (Echegaray, p. 293; Valverde de la Sierra).

anoru(m) (Marcos Vallaure, p. 71; Riaño).

tera por terra (Diego Santos 1, p. 131; Coraín).

Alio (Gómez Moreno, p. 46; Prioro). Son más frecuentes las formas en *Allius*³.

Aci(us) (Diego Santos 2, p. 367; Torrevega). Son también más frecuentes las formas en *Accius*⁴.

Al no haber diferencia en la pronunciación de geminadas y reducidas, al menos en lo que se refiere a *-nn-/-n-* y *-ss-/-s-*, a veces se producen hipercorrecciones; el lapicida escribe geminadas en palabras donde no existía tal geminación, de acuerdo con la raíz:

¹ Väänänen, V., *op. cit.*, p. 104.

² Väänänen, V., *op. cit.*, p. 105.

³ Cf. Albertos, M.^a I., *op. cit.*, s. u.

⁴ Cf. Albertos, M.^a I., *op. cit.*, s. u.

minnus (Diego Santos I, p. 118; Beleño).
munnimen(um) (Gómez Moreno, p. 42; Liegos).
possit (Diego Santos I, p. 133; Corao).
possuit (Échegaray, p. 318; Pico Dobra).
poss(uit) (Gómez Moreno, p. 44; Liegos).

Aunque no todas las inscripciones en que aparecen las hipercorrecciones anteriores están fechadas, parece bastante claro que son tardías. La de Pico Dobra no cabe duda de que es de finales del siglo IV, concretamente del año 399. Las de Beleño y Corao también parece ser de, al menos, hacia la mitad del siglo IV, ya que las lápidas fechadas de esa zona lo son de esa época. Es más, ni una sola de las hipercorrecciones la encontramos en Cildá o sus alrededores, que es donde aparecen las inscripciones más antiguas de Cantabria (siglo III). Así, pues, el fenómeno de la hipercorrección parece responder a una tendencia eminentemente vulgar y tardía.

b) *Geminación expresiva.*

Cierto número de palabras presenta con frecuencia una geminación espontánea, que coexiste a menudo con otra forma de consonante simple. Se trata generalmente de términos de interpelación, hipocorísticos, apodos y calificativos populares. Es lo que se ha dado en llamar geminación expresiva.

Pues bien, geminaciones de este tipo encontramos en la epigrafía cántabra, sobre todo en nombres propios:

Turenno (Gómez Moreno, p. 45; Argovejo), frente a *Turani* en Avila¹, *Turenus* en Villalcampo (Zamora)² y *Turini* en Bragança³.

Turaennia (Échegaray, p. 306; Lebeña).

Ablonno (Échegaray, p. 293; Armada), frente a *Ablonius* en Alava⁴.

Boddi (Iglesias, p. 147; Cildá). Encontramos siempre la geminación, al menos en Cantabria, cuando se trata de esta forma:

¹ Cf. Albertos, M.^a I., *op. cit.*, s. u.

² Cf. Albertos, M.^a I., *op. cit.*, s. u.

³ *CIL*, II, 2504.

⁴ Cf. Albertos, M.^a I., *op. cit.*, s. u.

Boddi (Gómez Moreno, p. 45; Argovejo), *Boddi* (dos veces) (Iglesias, p. 139; Cildá). Sin embargo, aparece la forma sin geminación en formaciones con sufijo: *Bodero* y *Bode(ri)* (García Merino, C., «Nueva estela valiniense de Carande», *BSAAV* 38, 1972, p. 499 ss.; Carande), *Bodero* (Gómez Moreno, p. 42; Sorribas), *Bode(ro)* (Diego Santos 1, p. 104; Bodes), *Bode(ri)* (Blázquez, p. 282; La Remolina). Se podría pensar, a primera vista y ante la alternancia *Boddus/Boderus*, que se trata de la ley *mamma/mamilla*; no creemos, sin embargo, que sea así, ya que la forma *Bodus*, con una sola *-d-*, está atestiguada, aunque no sea en Cantabria: *Bodi* en Borobia (Soria)¹, *Bodo* en Cacabelos², *Bodo* en Alcalá de Gazules³. Se trataría, pensamos, de una geminación expresiva que opera sólo en el vocablo de menos volumen fónico y a la que tienden los antropónimos en Cantabria; si la geminación expresiva tiene como finalidad dar más volumen a un vocablo por razones afectivas, es comprensible que así suceda.

Seuerinno (Echegaray, p. 314; Cildá). Es la misma geminación que encontramos en *Turenno*, *Turaennia* y *Ablonno*. Los hallazgos del antropónimo en el resto de la Península carecen de geminación⁴.

Attaeu(iae) (García Guinea, p. 55; Cildá) frente a *Ati(i)* (Navascués 1, p. 139; Cármenes). El antropónimo masculino, en todos los demás casos de la Península, aparece con geminada: *Atlius*⁵. Llama por tanto la atención que en Cantabria encontremos *Attaevia* con geminación y *Atius* sin ella. ¿Puede tratarse, ya que de recurso afectivo se trata, de una tendencia a distinguir entre el nombre del hombre y de la mujer?

Accua (Manzanares Rodríguez, J. M., en *Bol. de la Com. Prov. de Mon. de Oviedo*, 2, 1959, pp. 175-176; Anciles). Posiblemente nos encontremos aquí con el mismo caso que en *Boddus/Boderus*, ya que en la misma Cantabria encontramos *Acuane*, sin geminación (Diego Santos 2, p. 367; Torrevega): se trataría de geminar el antropónimo de menor volumen fónico.

¹ García Merino, C., «Estelas funerarias hispano-romanas procedentes de Borobia (Soria)», *Durius*, 1, 1973, pp. 353-359.

² Gómez Moreno, M., *op. cit.*, p. 37.

³ Albertos, M.^a L., *op. cit.*, s. u.

⁴ Vives, J., *Inscripciones latinas de la España romana*, Barcelona 1971, p. 749.

⁵ Cf. Albertos, M.^a L., *op. cit.*, s. u.

Cilli(i) (Gómez Moreno, p. 40; Utrero), frente a *Cilius* en el resto de la Península, donde aparece con enorme frecuencia¹. Krahe² cree que la forma con geminación tiene distinto origen.

Arreni (Diego Santos 1, p. 137; Corao), frente a *Arenus* (Marcos Vallaure, p. 69; Riaño), [*A*] *renus* (Gómez Moreno, p. 84; Vega de Monasterio), *Arenus* (Gómez Moreno, p. 44; Lillo).

Caddecum (Aguirre, p. 114; La Remolina). Se trata de un gentilicio derivado del antropónimo *Cadus*, que siempre aparece sin geminación: *Cadus* (Iglesias, p. 144; Velilla de Guardo), *Cadus* (Gómez Moreno, p. 42; Velilla de Valdoré); fuera de Cantabria, *Cadus* en Lamego³, *Caduecus* en Lara de los Infantes⁴, *Cadabrei* en Riosas (Oviedo)⁵. La misma geminación encontramos en el gentilicio *Boddegum* (Gómez Moreno, p. 42; Liegos), frente a *Boderus*, antropónimo que ya vimos más arriba. ¿Se trata de una tendencia a recalcar, de una forma afectiva, el nombre del clan? En el caso de *Boddegum* el contexto epigráfico así parece indicarlo: se trata de dedicatorias a individuos de un clan, dentro de una tribu, la vadiniense, nombrados de acuerdo con el sistema onomástico indígena; la finalidad, pues, de la geminación sería la de recalcar el nombre del clan; es más, en una de las inscripciones en que aparece *Boddegum* (Gómez Moreno, p. 45; Argovejo) se halla también con geminación expresiva el nombre del individuo: [*T*]urenno. En cuanto a *Caddecum* también se trata de una inscripción con el sistema onomástico indígena, donde tanto la dedicante (*Luqua Caddecum*) como el difunto (*Vadone Biracidegino*) se encuentran representados con el nombre del clan; el contexto afectivo puede estar realzado, además, porque la dedicante lo hace a su amigo (*Luqua Caddecum amico suo*).

La geminación expresiva se da, pues, entre los cántabros, sobre todo en los nombres indígenas, con más frecuencia que en el resto de la Pe-

¹ Cf. Albertos, M.^a L., *op. cit.*, s. u. y Palomar Lapesa, M., *op. cit.*, s. u.

² Krahe, H., *Die Sprache der Illyrier* I, Wiesbaden 1956, pp. 55 y 65.

³ *CIL*, II, 5248.

⁴ Abasolo, J., *Epigrafía romana de la región de Lara de los Infantes*, Burgos 1974, p. 80.

⁵ Manzanares Rodríguez, J., *Boletín de la Comisión Provincial de monumentos de Oviedo*, 2, 1959, p. 75.

nínsula. Ello lo hemos podido comprobar en los antropónimos que se encuentran geminados en Cantabria, pero no en otros hallazgos de la Península. Por lo demás, su finalidad es casi siempre afectiva:

— Recaltar el nombre de menor volumen fónico.

— Realzar el nombre del clan.

— Hacer una posible distinción entre el nombre del varón y de la mujer; tal sucedía en *Attaenia* frente a *Atius*; y a la misma razón podía deberse la forma *Reburinia* (Diego, pp. 13-14; Collada de Zardón), que no es sino reducción de un antropónimo con geminada que aparece en *Reburino* (Iglesias, p. 133; Cildá) y en *Reburrus* muy frecuente en la Península¹.

De todas formas, nos interesa dejar bien claro que hay una evidente tendencia en Cantabria a geminar, sobre todo, los nombres propios, tendencia que no se da con tanta claridad en los restantes hallazgos de la Península. Ello quizá haya que ponerlo en relación con el carácter del pueblo cántabro.

4. Consonantes en sílaba trabada.

Conocida es la debilidad de las nasales en sílaba trabada; su pronunciación variable, de acuerdo con el contexto fonético, determinaba que se convirtiese en un fonema de distintas realizaciones, que hacían que sus rasgos fuesen poco seguros. De ahí que fácilmente cayese en sílaba trabada.

Esta situación la encontramos reflejada con frecuencia en nuestras inscripciones, en vocablos como *cosul* y *cosulatu*, en los cuales la caída de *-n-* es un fenómeno absolutamente normal en todo el latín vulgar:

cos(ulatu) (Diego, p. 13; Collada de Zardón).

cos(ulatu) (Diego Santos 1, p. 141; Corao).

Cos(ulatu) (Diego Santos 1, p. 135; Corao).

cos(ulibus) (Riechegaray, p. 318; Pico Dobra).

¹ Para un estudio de este antropónimo, cf. Rubio Alija, J., *Españoles por los caminos del imperio romano. Estudios epigráfico-onomásticos en torno a Reburrus y Reburinus*, Buenos Aires 1959.

La encontramos también en otros vocablos:

- pielissi(mo)* (Iglesias, p. 162; Cildá).
coiugi (García Guinea, p. 52; Cildá).
coi(ugi) (Echegaray, p. 316; Renedo de Bricia).
[V]adinesis (Echegaray, p. 293; Valverde de la Sierra).
uadiniesis (Gómez Moreuo, p. 46; provincia de León).

5. *Consonantes finales.*

Las consonantes finales tienen una articulación relativamente débil y experimentan, por consiguiente, distintas modificaciones, según se halle en pausa o pertenezcan a una palabra más o menos ligada con la palabra siguiente¹.

-m.

Que la *-m* final era caduca desde época arcaica está ampliamente documentado en las inscripciones, aun de carácter oficial, desde el siglo III a. C., en las indicaciones de los gramáticos y en los precedimientos métricos, donde es sabido que una *-m* se elide a efectos de medida.

En la mayoría de nuestras inscripciones, la *-m* se pierde o se confunde con la nasal dental.

No aparece en los siguientes casos:

- annoru* (Diego Santos 1, p. 126; Soto de Cangas).
anoru (Marcos Vallare, p. 71; Riaño).
annoru (Echegaray, p. 315; Cildá).
annoru (Echegaray, p. 314; Cildá).
annoru (Diego Santos 1, p. 116; Beleña).
annoru (Iglesias, p. 154; Cildá).
anoru (Diego Santos 1, p. 123; Soto de Cangas).
septe (Diego Santos 1, p. 123; Soto de Cangas).
lapulca (Iglesias, p. 191; Amaya).
lapide (Iglesias, p. 195; Amaya).
monimentu (Iglesias, p. 149; Cildá).
monimentu (Iglesias, p. 147; Cildá).
faciendu (Iglesias, p. 149; Cildá).

¹ Väänänen, V., *op. cit.*, p. 116.

mimora por *memoriam* (Echegaray, p. 316; Cildá).
ara (Echegaray, p. 318; Pico Dobra).
Biracidegino (Aguirre, p. 114; La Remolina).
Veronigoru (Gómez Moreno, p. 42; Valmartino).

Estos dos últimos son nombres de clanes. Sin embargo, en el caso de clanes, es mucho más corriente que la *-m* final aparezca como *-n*:

Crastunicun (Abasolo, J. A., *BS.AAV*, XXXIX (1973), pp. 443-449; Cuevas de Amaya).
Caddecun (Aguirre, p. 114; La Remolina).
Avitacun (Iglesias, p. 199; Amaya).
Bofdidegun (Gómez Moreno, p. 45; Argovejo).
Boddegun (Gómez Moreno, p. 42; Liegos).
Alongun (Blázquez, p. 282; La Remolina).
Aulgigun (Echegaray, p. 307; Velilla de Guardo).

Sólo en un vocablo que no es nombre de clan nos encontramos con la confusión *-m/-n* finales. Se trata de

annorun (Diego Santos 1, p. 108; Fuentes-Parres).

En los demás casos en que aparece este término, lo normal es la caída de la consonante final, según vimos en los ejemplos anteriores.

Por supuesto que en estos casos que acabamos de ver no se puede aludir al contexto fonético para explicar la pérdida de *-m* o su confusión con *-n*. La realización de una de las dos posibilidades parece estar clara: en el caso de los nombres comunes, es un fenómeno corriente la caída de la consonante final, mientras que en el caso de los nombres de clan se suele conservar la nasal, ya sea *-n*, como sucede en los ejemplos que hemos visto, ya sea *-m*. No hay que olvidar que los demás casos en que aparece el nombre del clan, y que no hemos reseñado, terminan en *-m*. ¿Cuál puede ser la razón de esta diferenciación? Ya hemos visto más arriba algunas de las características fonéticas de los vocablos que designan a los clanes: al hablar de la geminación comprobábamos cómo en Cantabria aparecían geminaciones que no se encuentran en el resto de la Península en determinados antropónimos y gentilicios y apuntábamos que posiblemente se debiera a la necesidad afectiva de recalcar el nombre del clan. Aquí de nuevo, la conservación de todo el contorno fonético del nombre del clan, incluida incluso la dental, puede deberse a la misma razón: a la fuerza expresiva con que se pronunciara. Podría

pensarse también que, en el caso de *ammoru*, habría favorecido la caída de la *-m* el hecho de que se trata de un genitivo con una terminación típicamente latina, cosa que no sucede en, por ejemplo, *Cadecum*, donde la terminación del genitivo del plural no es la latina; en el primer caso, pues, actuaría la conocida tendencia latino-vulgar a la caída de la *-m* y en el segundo, por no ser una terminación latina, no. De todas formas, también en este caso habría que hacer una distinción entre nombre de clan y nombre común.

Todo ello en lo que se refiere a la caída o no de la nasal final. Por lo que atañe a la fluctuación *-m/-n*, señala Lejeune¹ que no se debe a la relativa debilidad de la nasal final, sino que la idea de una acción del latín en favor de *-m* y del ibérico en favor de *-n* es más plausible y menos improbable. En el caso de nuestras inscripciones esto no es comprobable, por cuanto la distribución de *-m* y *-n* no responde ni a lugares ni a grupos de inscripciones concretas y determinadas.

-s.

Lo mismo que *-m* final, también *-s* final había desaparecido en latín arcaico, según documentan algunas inscripciones; sabido es que por la necesidad de distinguir los casos, es decir, por la función morfológica de estos fonemas finales, en latín clásico hubo una fuerte tendencia a conservarlos. En vulgar, sin embargo, afloran de nuevo los fenómenos arcaicos; entre ellos la pérdida de *-s* en determinadas palabras, aunque esta pérdida no haya sido general ni en toda la Romania ni en todas las *-s* finales latinas².

En nuestras inscripciones encontramos el fenómeno dos veces:

legioni (genitivo) (García Guinea, p. 59; Castrecías).

Maropo (nomin. sing.) (Echegaray, p. 314; Cildá).

Los dos ejemplos pertenecen a los alrededores de Cildá, es decir, a un lugar que, como ya hemos apuntado repetidas veces, participa más que ninguna otra zona de la Cantabria de los fenómenos fonéticos que se producen en el latín hablado.

¹ Lejeune, M., *Celtibérica*, Salamanca 1955, pp. 49-50.

² Väänänen, V., *op. cit.*, p. 119.

-t.

También es una consonante caduca en posición final desde la época arcaica, al menos en algunas inscripciones, aunque también trató de mantenerse por influencia de la estructura morfológica de la lengua latina.

En las inscripciones cántabras sólo la encontramos sometida en un ejemplo:

posui (Iglesias, p. 152; Cildá). En la misma inscripción encontramos la forma *posuit* con la consonante final.

En los demás ejemplos, en que aparece esta misma forma verbal y no está abreviada, lo hace siempre conservando la -t final, de forma que el único caso con pérdida de -t puede deberse a un error del lapicida más que a un fenómeno de la lengua.

6. El grupo -ks- (x latina).

Ya Carnoy¹ señaló que los dialectos españoles, dentro de la evolución general de la lengua latina, conservan perfectamente el elemento gutural de este fonema. Ello se refleja claramente en la escritura, donde tal elemento suele aparecer perfectamente representado.

En nuestras inscripciones encontramos distintas grafías para este fonema, pero en todas ellas está perfectamente representado el elemento gutural:

uicsit (Iglesias, p. 152; Cildá).

En la misma inscripción aparece:

uixsit (Iglesias, p. 152; Cildá).

Esta misma grafía se repite en *uxor*:

uxsor (Iglesias, p. 147; Cildá).

uxsori (García Guinea, p. 55; Cildá).

Es curioso comprobar cómo todos estos ejemplos aparecen en Cildá. En las inscripciones vadinienses no encontramos ni la fórmula *uixit*,

¹ Carnoy, A., *op. cit.*, p. 161.

sino *annorum* x..., ni lápidas dedicadas a la *uxor*; la mayoría están dedicadas al *amniculus*, *marilus*, *amicus*, *cognatus*, *frater*, *pater*, pero no a la esposa. Consiguientemente, en las vadinienses no tenemos ocasión de comprobar el tratamiento gráfico del fonema que estamos analizando. Ello nos da, por lo demás, ocasión a comentar y a corroborar algo que ya hemos apuntado repetidas veces: es en la zona de Cildá donde se dan más rasgos de romanización. En ese caso concreto es este lugar el único donde encontramos un elemento propio de las inscripciones latinas (el verbo *nivit*), y unas lápidas que presuponen una estructura social romana: las dedicadas a la esposa; mientras que las lápidas vadinienses no ofrecen el elemento epigráfico indicado y carecen además de dedicatorias a la esposa, lo cual puede responder a una estructura social distinta. Se trataría de un rasgo más de indigenismo.

7. La h aspirada.

En posición inicial la no articulación de *-h* determina que a veces no se escriba. Tal sucede en nuestro ejemplo:

Ispanillae (García Guinea, p. 55; Cildá).

Hispanilla es un nombre de origen étnico, que aparece en Hispania Tarraconense aplicado a un *decurio allae Aravacorum, domo Hispanus*¹ y a la hija de un soldado de la *Legio VII Gemina* de Talavera².

II. MORFOLOGIA.

A. SISTEMA CASUAL.

1. *Nominativo*.

Por regla general, en lo que al nominativo se refiere, se mantiene el sistema latino clásico. Sin embargo, hay que señalar algunas particularidades interesantes y que necesitan cierta explicación.

Encontramos concretamente un tipo de nominativo que no responde

¹ *CIL*, II, 3271.

² Fuidio Rodríguez, F., *Carpetania romana*, p. 148.

a ninguna formación clásica. Tal sucede con algunos nominativos en *-is* de temas en *-o*:

auunculis (Echegaray, p. 293; Armada).

auunculis (Gómez Moreno, p. 43; Armada).

Pentouis (García Merino, C. «Nueva estela vadiniense de Carande», *BSA.IV*, 38, 1972, p. 499 ss.; Carande).

Estos ejemplos han llamado la atención desde hace ya mucho tiempo. Carnoy¹ distingue a este respecto dos categorías de nombres: una primera cuyo prototipo es la forma *alis* y una segunda de nombres propios. En ambos casos se trata de temas en *-io*. Las explicaciones que se han dado son múltiples; Conway piensa que fue el osco el que determinó la multiplicación de esta flexión en el latín de Italia; Hatzidakis consideraba a estos nominativos en *-is* como un grecismo². Parece, sin embargo, estar claro hoy día que se trata, sin más, de nominativos formados sobre la raíz más la desinencia de nominativo sin vocal temática. Se trataría de fósiles atemáticos de un grupo de palabras pasadas a la flexión temática en una época reciente de la historia del latín³.

Ahora bien, de esta forma, lo más que se puede explicar es el caso de *Pentouis*, un nombre propio de tema en *-io*, lo mismo que *alis*; pero no *auunculis*; en este caso no se trata de un tema en *-io*, sino en *-o*. Carnoy⁴ habla de una posible extensión analógica: es posible, dice, que la declinación en *-is* fuese usual en los nombres propios de la lengua familiar, extendiéndose de ahí, ocasionalmente, a los nombres de parentesco que acompañaban. Es posible que sea ésta la explicación. Nosotros sólo queremos dejar claro que en los dos casos se trata del mismo término, *auunculis*, y que en ambos se trata del mismo dedicante y del mismo lugar (*Placidus* y Armada).

2. Genitivo.

En lo que se refiere al singular hay que citar los genitivos de temas en *-io*, que normalmente los encontramos en *-i*. Sin entrar en la discu-

¹ Carnoy, A., *op. cit.*, p. 231.

² Citados por Carnoy, A., *op. cit.*, p. 231.

³ Monteil, D., *Eléments de phonétique et de morphologie du latin*, Paris 1970, p. 160.

⁴ Carnoy, A., *op. cit.*, p. 232.

sión de si se trata de una contracción de *-iī*, cual ha sido la explicación tradicional, o si se trata de un antiguo genitivo en **-yH₂*, como variante de *-io*¹, lo cierto es que en nuestras inscripciones lo encontramos casi siempre en estos temas, sobre todo en los nombres propios:

Muci (Gómez Moreno, p. 38; Crémenes).
Penti (Gómez Moreno, p. 43; Aleje).
Balaesi (Marcos Vallaure, p. 75; Aleje).
Danuui (Iglesias, p. 156; Cildá).
Flauī (Diego Santos 1, p. 133; Corao).
Antoni (Diego Santos 1, p. 137; Corao).
Abili (Gómez Moreno, p. 45; Crémenes).
Cesti (Échegaray, p. 318; Pico Dobra).
Flauī (Gómez Moreno, p. 41; Lillo).
Pentoui (Iglesias, p. 140; Luriez).
Bouti (Gómez Moreno, p. 42; Valdoré).
Falmici (Échegaray, p. 307; Velilla de Guardo).
Manili (Gómez Moreno, p. 42; Velilla de Valdoré).
Boueci (Gómez Moreno, p. 43; Velilla de Valdoré).
Triti (Marcos Vallaure, p. 69; Riaño).
Ati (Navascués 1, p. 175 ss.; Cármenes).

Cabe pensar que en alguno de estos casos, sobre todo en los antropónimos latinos, pueda tratarse de temas en *-o*. Concretamente, al lado de *Pentius* aparece *Pentus*. De todas formas conviene recordar que el sufijo *-io* es muy productivo en las lenguas celtas; en su origen servía para formar nombres abstractos, topónimos, nombres de acción, etc.² En la onomástica personal este sufijo es muy frecuente y suele tener valor patronímico³.

Aparte de estos genitivos de nombres propios encontramos también:

fili (Iglesias, p. 156; Cildá).
Bili (Gómez Moreno, p. 43; Velilla de Valdoré).

En lo que se refiere a los genitivos del plural, son reseñables aquellos genitivos de gentilicios de temas en *-o*, cuya terminación es *-on*, *-om*, *-um*:

¹ Monteil, p., *op. cit.*, p. 162.

² Pedersen, II., *Vergleichende Grammatik der Keltischen Sprachen*, Göttingen, 1909-1913, II, pp. 16 ss.

³ Albertos, M.^a L., *op. cit.*, p. 285.

- Auitacon* (Iglesias, p. 199; Amaya).
Bof[d]degun (Gómez Moreno, p. 45; Argovejo).
Celligun (dos veces) (Iglesias, p. 149; Cildá).
Aunigaiuu (Echegaray, p. 318; Pico Dobra).
Bodegun (Gómez Moreno, p. 42; Liegos).
Ambatiq(um) (Iglesias, p. 140; Luriezo).
Veliagu(m) (Gómez Moreno, p. 42; La Puerta).
Alongum (Blázquez, p. 282; La Remolina).
Doiderigum (Blázquez, p. 282; La Remolina).
Biracidegino(m) (Aguirre, p. 114; La Remolina).
Caddecun (Aguirre, p. 114; La Remolina).
Ai...utiocum (Gómez Moreno, p. 43; Riaño).
[Al]iomigu(m) (Gómez Moreno, p. 84; Vega de Monasterio).
Aulgigum (Echegaray, p. 307; Velilla de Guardo).
Corouescum (Diego Santos 1, p. 148; Villaverde de Ons).
Crastunicum (Abasolo, J. A., *BSA:IV* 39, 1973, pp. 443-449; Cuevas de Amaya).
Pentiocum (Marcos Vallauré, p. 69; Riaño).

Carnoy¹, al comentar estos genitivos, aunque sólo en ejemplos de nombres comunes (*denum, seuirum, fabrum*) dice que son arcaísmos de la lengua religiosa o jurídica. En nuestras inscripciones todos los casos son nombres de clanes, sobre todo de la tribu vadiniense. Si tenemos en cuenta esto, y tenemos en cuenta también, por otra parte, que son muy pocas las formas en que aparece un genitivo latinizado² y que algunos de éstos son de una zona romanizada como Cildá³ hay que pensar que se trata del antiguo genitivo del plural en *-om* del indoeuropeo que se conserva en eslavo y céltico. Sería, pues, una característica más del indigenismo de este tipo de antropónimos, junto a las que ya hemos ido señalando a lo largo de nuestro trabajo.

3. Otros casos.

Normalmente los demás casos suelen aparecer de acuerdo con el sistema casual latino clásico, teniendo en cuenta, claro está, que operan

¹ Carnoy, A., *op. cit.*, p. 216.

² *Aemnimoru(m)* (Diego Santos 1, p. 118; Beleño); *Pembelor(um)* (Diego Santos 1, p. 104; Bodes); *I'eronigor(um)* (Gómez Moreno, p. 42; Malmartino); *I'iancioru* (Navascués 1, p. 175 ss.; Cármenes).

³ Cf. García Guinea, p. 52; Iglesias, p. 212; las formas son *Polecensium* (Echegaray, p. 328; Cildá) y *Tisunegoniu* (Echegaray, p. 316; Cildá).

algunas particularidades fonéticas, como la pérdida de *-m* final, la reducción del diptongo *ae*, que ya hemos reseñado en el vocalismo y que desfiguran, de alguna manera, las terminaciones casuales latinas.

No obstante cabe reseñar aquí algunas particularidades.

En primer lugar, la forma *matria* (Échegaray, p. 316; Cildá), que ha sido interpretada como un acusativo del singular. En esta palabra, más que la formación casual, lo que hay que explicar, creemos, es la formación del tema, que posiblemente sea analógica. Se nos ocurre que podría ser una formación analógica sobre el genitivo *matri-s*, forma en la que sólo *-s* sería considerada como desinencia, de manera que sobre la supuesta raíz *matri-* se añadiría la terminación *-a* del femenino. Si esto es así, en esta formación analógica intervendrían dos factores:

a) En primer lugar, la existencia del par *pater/patria*, sobre el que es muy fácil crear *mater/matria*.

b) En segundo lugar, el hecho de que la oposición gramatical masculino/femenino, en el caso de *pater/mater*, no está marcada morfológicamente, sino lexicalmente. Dado que la lengua latina había terminado por especializar algunos morfemas para determinados géneros (así el morfema *-a* de la primera declinación y *-o* de los temáticos para el femenino y masculino respectivamente, aunque, como es sabido, en su origen no tenían esta función), no es extraño entonces que, en este caso concreto, el morfema *-a* de *matria* sea considerado como un formante del femenino.

En segundo lugar, hay que considerar también los dativos-ablativos del plural de la primera y segunda declinación en *-abus* e *-ibus*:

filiabus (Iglesias, p. 149; Cildá).

dibus (Iglesias, p. 199; Amaya).

dius (por *dibus*) (García Cuineca, p. 52; Cildá).

Aunque son pocos casos, son dignos de recordar, por cuanto son las únicas inscripciones de Cantabria, en que aparecen las formas completas; en los demás hallazgos aparecen abreviados bajo la forma *D M* u otra parecida. *Filiabus* es sabido que responde a una necesidad de la propia lengua latina: señalar el género femenino en aquellos casos en que la especificación del género era indispensable. En cuanto a *dibus* aparece también en la epigrafía latina, y no sólo en Cantabria y España, sino también en el resto del imperio¹; es una forma además que se encuentra también en la lengua popular de Roma, como lo prueba su

¹ Carnoy, A., *op. cit.*, p. 233.

empleo por parte de Petronio. Alguien ha pensado que el dativo *dibus* sería debido a un descuido; se consideraría a *deus* como un tema en *-i*, a causa de sus numerosas contracciones. Nos parece más verosímil la opinión de Carnoy¹: la cercanía de dativos en *-bus* en expresiones consagradas del lenguaje religioso y epigráfico debería haber contribuido a producir estos dativos. De todas formas, nos interesa resaltar aquí que se trata de una forma del habla popular de la lengua latina, y que en las inscripciones cántabras encontramos estos casos precisamente en zonas que los estudiosos consideran como más romanizadas: Cildá y Peña Amaya.

B. FORMAS VERBALES.

Puesto que estamos en lengua epigráfica, las formas que se pueden analizar son muy pocas; prácticamente se trata sólo de la tercera persona del perfecto del verbo *pono*, de la que encontramos las siguientes variantes:

- 1) *posit* (Gómez Moreno, p. 45; Argovejo).
posit (Blázquez, p. 282; La Remolina).
posit (Aguirre, p. 114; La Remolina).
posi(t) (Marcos Vallauré, p. 71; Riaño).
- 2) *posiuit* (Iglesias, p. 158; Cildá).
- 3) *posiuit* (Echegaray, p. 316; Cildá).
- 4) *possit* (Diego Santos 1, p. 133; Corao).
- 5) *posicrun(t)* (Gómez Moreno, p. 45; Crémenes).

Las formas *posit* y *possit* son las mismas, con la única diferencia de la geminación. En ambos casos, posiblemente, no se trata nada más que de una síncope y de una contracción: la forma *posiuit* sincoparía en *pōsiit* y ésta se contraería en *posit*.

Posiuit es también un caso de síncope de *posiuit*; de hecho, esta síncope es relativamente frecuente en el latín popular en los perfectos en *-auit*, que dan *-aut*; los primeros ejemplos aparecen cronológicamente en Pompeya: *aberaut*, *exnuccaut*, *pedicaut*.

Posiuit no es sino el antiguo perfecto del verbo *pono* (cf. *sino*, perf., *sī-ni*); *posui* es analógico y tardío².

¹ Carnoy, A., *op. cit.*, p. 222.

² Ernout, A., *Morphologie historique du latin*, Paris 1953, p. 206.

Posierunt presenta una síncope de *posiuerunt*.

Todas estas variantes remiten, como hemos visto, al antiguo perfecto *posiuit*. He aquí cómo las inscripciones muestran la supervivencia en el pueblo, sobre todo en fórmulas arraigadas, como estas epigráficas, de las formas antiguas.

Otra forma verbal que llama la atención y que no es sino una prueba en nuestra zona de un fenómeno normal de la evolución de la lengua latina es la siguiente:

miserant (Diego Santos I, p. 123; Soto de Caugas).

Miseror era uno de esos verbos deponentes con sentido activo, del tipo *hortor*, *sequor*, etc. Sabido es que esta categoría de verbos carecía de valor semántico propio, de forma que la lengua popular no tardó en tratar a estos deponentes como verbos activos: *hortare*, *luclare*, etc.¹.

III. CONCLUSION.

Desde un punto de vista lingüístico hemos podido comprobar cómo Cantabria puede ser dividida en dos zonas perfectamente diferenciadas: una, que sería Cildá y sus alrededores, donde los elementos lingüísticos latino-vulgares son mucho más frecuentes que en el resto de la zona. Y una segunda, la vadiniense, donde esos elementos no son tan frecuentes y donde la pervivencia de formas lingüísticas no propiamente latinas es un rasgo digno de consideración.

En general, por lo demás, dentro de Cantabria hemos visto cómo aparecen algunos rasgos lingüísticos que la diferencian del resto de la Península: la sonorización de sordas, la geminación consonántica en gentilicios, etc.

Todo ello no viene sino a ser un elemento, este lingüístico, que corrobora los estudios históricos que han tratado del indigenismo y aislamiento de la zona en los primeros siglos del Imperio.

E. SÁNCHEZ SALOR y J. M. IGLESIAS GIL

¹ Väänänen, V., *op. cit.*, p. 205.

BIBLIOGRAFÍA.

Sólo citaremos aquí, en abreviatura y tal como aparecen a lo largo del trabajo, las obras más corrientes, que sirven de *corpus* al estudio:

Aguirre = Aguirre, A., *Tumbas antiguas, ajuares, inscripciones sepulcrales*, Bilbao 1957; Blázquez = Blázquez, J. M., «Caballo y ultratumba en la Península Ibérica», *Ampurias* 21, 1959, pp. 281-302; Diego = Diego, C., «Epigrafía romana en Asturias. Nuevos hallazgos», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 61, 1967, pp. 13-14; Diego Santos 1 = Diego Santos, F., *Epigrafía romana en Asturias*, Oviedo 1959; Diego Santos 2 = Diego Santos, F., «Las lápidas romanas de Torrevega (Llanes) y los orgenomescos de las inscripciones», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 38, 1959, pp. 367-371; Echegaray = González Echegaray, J., *Los cántabros*, Madrid 1966; García Guinea = García Guinea, M. A., Iglesias Gil, J. M., y Caloca, P., *Excavaciones de Monte Gildá. Olleros de Pisuerga* (Palencia), Palencia 1973; García Bellido = García Bellido, A., «Parerga de arqueología y epigrafía hispano-romanas (II)», *AE.Arq.* 36, 1963, pp. 200-206; Gómez Moreno = Gómez Moreno, M., *Catálogo Monumental de España. Provincia de León*, Madrid 1925; Iglesias = Iglesias Gil, J. M., *Onomástica prerromana en la epigrafía cántabra*, Santander 1974; Marcos Vallaure = Marcos Vallaure, A., «Nuevas lápidas vadinienses de la provincia de León», *Tierras de León* 14, 1971, pp. 67-68; Navascués 1 = Navascués, J. M., «La estela funeraria de Cármenes», *AE.Arq.* 43, 1970, pp. 175-194; Navascués 2 = Navascués, J. M., «Trio de estelas», *Revista de la Universidad Complutense* 21, 1972, pp. 153-185.